

San Juan XXIII y San Juan Pablo II “fueron sacerdotes, obispos y papas del siglo XX. Conocieron sus tragedias, pero no se abrumaron. En ellos, Dios fue más fuerte; fue más fuerte la fe en Jesucristo Redentor del hombre y Señor de la historia; en ellos fue más fuerte la misericordia de Dios que se manifiesta en (sus) cinco llagas; más fuerte, la cercanía materna de María” (Papa Francisco, 27/04/2014)

## RELIGIOSAS SALESA

Barrantes, 4  
Tlf. 947.201.335  
09003 BURGOS



Burgos, Enero 2015

Muy queridos devotos y apóstoles de la Misericordia Divina:

Este año la Iglesia nos invita a dar gracias a Dios y a profundizar en dos realidades que, de un modo u otro, nos tocan a todos: la familia y la vida Consagrada. Todos hemos nacido y vivimos en una familia. La vida Consagrada muestra, a través de los consejos evangélicos, “*los rasgos característicos de Jesús*” haciéndonoslos permanentemente visibles en medio del mundo (Cf. Vita Consecrata, 1).

La devoción a la Misericordia Divina, ¿cómo nos ayuda a ahondar y crecer en este camino que nos marca la Iglesia? Podemos fijarnos especialmente en un aspecto: la invitación a “**practicar la misericordia**”.

Jesús dijo a Santa Faustina que “*si un alma no practica la misericordia de alguna manera, tampoco la alcanzará de Mí, en el día del juicio*” (IV, 57). Con estas palabras la recordaba lo que dijo en el Sermón de la Montaña: “*Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán Misericordia*” (Mt 5,7). En otra ocasión fue aún más explícito con ella: “*Exijo de ti obras de misericordia que deben surgir del amor hacia Mí. Debes mostrar misericordia al prójimo siempre y en todas partes. No puedes dejar de hacerlo ni excusarte ni justificarte*” (II, 162), y “*sé siempre misericordiosa como Yo soy Misericordioso. Ama a todos por amor a Mí, también a tus más grandes enemigos, para que Mi Misericordia pueda reflejarse plenamente en tu corazón*” (IV, 68-69).

Jesús le explicó a Santa Faustina en que consiste “*practicar la misericordia*”: “*Te doy tres formas de ejercer misericordia al prójimo: la primera, la acción; la segunda, la palabra; la tercera, la oración. En estas tres formas está contenida la plenitud de la misericordia y es el testimonio irrefutable de amor hacia Mí*” (II, 162).

Pero ¿cómo tiene que ser nuestra acción, palabra y oración para ser reflejo de la Misericordia de Dios? El centro de la devoción a la Misericordia Divina es la confianza en Jesús. Por tanto, ser reflejo de su Misericordia significa que **los que nos rodean puedan “confiar” verdaderamente en nosotros**. Una confianza no fundada en nosotros mismos, sino en el poder de Dios que nos hace mediadores de su Amor y Misericordia. Para ello es necesario que aprendamos a mirar a los demás con los ojos de Jesús: con su Amor, Compasión y Bondad; más aún, a mirarles confiando en el poder infinito de su Gracia y en la Sabiduría de sus caminos. Para ello es necesario que nuestro corazón se identifique con el de Cristo y, con Él, podamos decirles: “*a vosotros os he llamado amigos*” (Jn 15, 15). Es necesario que descubran que, en Él, estamos dispuestos a dar la vida por ellos pues “*nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*” (Jn 15, 13).

La verdadera misericordia es manifestación de un amor “*paciente y benigno; que no tiene envidia ni presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. De un amor que todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Un amor que no pasa nunca*” (Cf. 1 Cor, 13, 4-8). Un corazón capaz de acoger, de comprender, de llorar y alegrarse con el otro.

Pero no sólo eso. El que ama busca el bien del otro. Su auténtico bien. No sólo que esté a gusto o que no tenga problemas. **Desea que “tenga vida y la tenga en abundancia”** (Cf. Jn 10, 10). Por eso amar significa descubrir qué necesita el otro, qué puedo darle que realmente le ayude a crecer (incluso cuando parezca que ya no quiere crecer o que se ha cansado de luchar). Significa ayudarlo a vivir la verdad de su vocación, a encontrar su camino y acompañarle más allá del mero sentimiento, de lo inmediato, de sus propias flaquezas y debilidades. Acompañarle dando la propia vida en cada paso que damos con él, de modo que pueda vivir como auténtico hijo de Dios su vocación de esposo-esposa, padre-madre, hijo-hija; de amigo, sacerdote o religiosa; de miembro de la Iglesia y de ciudadano.

Nuestros hijos, maridos, esposas, hermanos de comunidad, fieles, jefes, empleados,... Esperan y desean encontrar en nosotros este amor. ¿Pueden realmente confiar en nosotros? ¿Pueden confiar en que

nunca les dejaremos? ¿Pueden confiar en que realmente nos importan? ¿Pueden confiar en que les ayudaremos de veras en su camino? O más bien, ¿Tendrán que conformarse con que seamos simplemente un amigo oportunista, un compañero en los buenos tiempos o un simple hombre donde enjugar las lágrimas? ¿Acogiéndolos en un abrazo sabremos encaminarlos y orientarlos hacia la casa del Padre? ¿Podrán descubrir en nuestras acciones, palabras y oraciones la confianza, la ayuda y el valor necesario para cumplir la Voluntad de Dios y hacer grande su vida?

Esto es lo que hizo Jesús con sus discípulos y es lo que desea hacer hoy con todos los hombres a través de la Iglesia. Esto es lo que nos pide que hagamos con los demás: “*como yo os he amado, amaos también unos a otros*” (Jn 13, 34). El Señor nos mira y nos dice a cada uno de nosotros: “*dadles vosotros de comer*” (Mc 6, 37). A través de nuestras acciones, palabras y oraciones Jesús quiere dar a esas muchedumbres sin pastor (empezando por los de nuestra casa) el auténtico Pan de Vida que les ayude a recorrer con gozo y en nuestra compañía el camino hacia la casa del Padre.

Con María podemos preguntar: “¿cómo será esto?” (Lc 1, 34). Ella era la Inmaculada, nosotros somos débiles y pecadores. ¿Cómo podremos amar así? ¿Cómo podrán los demás confiar en nosotros? Podrán confiar en nosotros si nosotros confiamos en Jesús. “*Los mayores pecadores podrían convertirse en grandes santos si confiaran en mi Misericordia*” (VI, 132). Nosotros, viviendo realmente la confianza en la Misericordia Divina, podemos convertirnos en santos. Santos capaces de amar y ayudar a los nuestros. Santos capaces de transformar el mundo. **¡Jesús, confío en ti!** Confío en que me convertirás, confío en que me harás un buen padre, un buen hijo, un buen hermano, un buen sacerdote o religioso... confío que me ya no seré yo, sino tú el que vivirás en mí corazón (Cf. Gal 2, 20).

¡A través de la devoción a la Misericordia Divina podemos hacer tanto bien a tantas familias y religiosos! La confianza en Dios les moverá a vivir más profundamente la presencia de Jesús en la Eucaristía y en el sacramento de la Reconciliación. La confianza en Dios les ayudará a redescubrir la Gracia que Cristo concede en los sacramentos del Matrimonio y del Orden. La confianza en Dios les permitirá vivir el gozo de la vida nueva del Bautismo.

Seamos portadores de esta buena nueva confiados en que no nos faltará la ayuda de Dios. Confiados en que nuestra entrega, aunque tantas veces parezca inútil, encontrará su fruto al pie del árbol de la Cruz. “*A las almas que propaguen la devoción a mi Misericordia, las protegeré, durante toda su vida, como una madre cariñosa protege a su hijo recién nacido y en la hora de la muerte no seré para ellas un Juez, sino un Salvador Misericordioso*” (III, 20).

NUESTROS IMPRESOS, como todos los años, os los ofrecemos con el ruego de que LOS PEDIDOS LOS HAGAIS, si es posible, a continuación de recibir esta carta para darnos tiempo a preparar los envíos en Febrero – Marzo. Incluso en dos meses nos resulta difícil. GRACIAS POR VUESTRA COLABORACION. Os recordamos que tenemos a vuestra disposición el “Diario de Santa Faustina”, para conocer mejor la Misericordia Divina y el instrumento que el Señor eligió.

Se han imprimido últimamente algunas novedades. Os las adjuntamos. Se trata de las siguientes:

- ESTAMPA PLASTIFICADA, que facilita llevarla consigo, con una mayor duración.
- TARJETA “JESÚS, CONFÍO EN TI”, con el dorso en blanco para poder escribir, hacer recordatorios, etc...
- En el TRÍPTICO DE BOLSILLO, se ha incluido un breve texto sobre la importancia de rezar el Rosario de la Misericordia junto a un moribundo. Este apostolado, ocupa un lugar muy especial en la vida y misión de Santa Faustina, por lo que hemos juzgado conveniente potenciarlo con este impreso.

Hace unos meses hemos abierto una página Web (<http://misericordiadivina.org/>) con el deseo de facilitar el que todos puedan conocer y profundizar la Misericordia Divina. En esta Web encontraréis textos de los Papas sobre la Misericordia, colaboraciones, testimonios, videos y audios del Triduo que celebramos en Burgos, enlaces de interés, así como la posibilidad de descargaros los impresos en PDF y de hacer pedidos. Esperamos que pueda seros de ayuda y fuente de bendición de Dios para muchos.

Que DIOS OS BENDIGA POR VUESTROS DONATIVOS, que empleamos para enviar impresos gratis a Hispanoamérica, este año se han enviado 230.000, y a muchos sacerdotes para facilitarles el apostolado de la devoción a la Misericordia Divina.

“*¡Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá!*” (Lc 1, 45).  
María, Madre de la Misericordia, ruega por nosotros.

APOSTOLADO DE LA MISERICORDIA DIVINA

**Próximo Domingo de la Misericordia Divina: 12 Abril 2015**